

Fedro, Revista de Estética y Teoría de las Artes.

Número 22, septiembre de 2022. ISSN 1697-8072

[pp. 74-88]

<https://dx.doi.org/10.12795/Fedro/2022.i22.04>

VI-SI-BI-LI-ZAR

José Antonio De la Rubia Guijarro
Universitat de València

Resumen: En este texto establecemos una vinculación entre la iconoclasia y el rechazo de la presencia. La mente posmoderna destruye imágenes para mostrarse en la esfera pública, consolidar los sentidos de identidad y pertenecer a un grupo de *guerreros de la justicia social*.

Palabras clave: Iconoclasia; posmodernidad; imagen; presencia

Abstract: In this text we establish a link between iconoclasm and presence. Postmodern mind destroys images in order to show itself at the public sphere, to consolidate senses of identity and to belong to a group of *Social Justice Warriors*.

Keywords: Iconoclasm; Posmodernity; Image; Presence

Vi-si-bi-li-zar

En la jerga posmoderna, «visibilizar» significa *hacer justicia*. En la pragmática cotidiana o, más concretamente, en la pragmática de las guerras culturales, visibilizar es algo más que hacer visible lo invisible o lo que simplemente no ha sido visto. Significa realizar un acto de reconocimiento, porque presupone que el primer requisito para hacer justicia a las víctimas es conocer su existencia. Lo cual, por cierto, es verdad. Pero la visión opera como un componente narcótico porque pensamos que la conciencia deriva de las imágenes. Y tener conciencia, ser justos, buenos, emancipadores es una sustancia adormidera muy potente. Sólo superada por la auténtica droga dura, que es sentirse culpable. Así estamos, con nuestra pancarta, visibilizando todas las injusticias del mundo presente o pasado. Ejecutando un proceso de drogadicción narcisista. Porque a quienes estamos haciendo visibles es a nosotros mismos. En otro lugar se ha llamado a esto un *photocall*¹.

Todo es falso, naturalmente. Porque la realidad sigue ahí. Impertérrita. Cruda. Pensar que sólo existe lo que estamos viendo es, en el fondo, un acto de profunda soberbia por parte de los posmodernos aderezado con el *esse est percipi* de los antiguos. Nadie deja de ser realista en su vida normal, ni siquiera el paranoico más profundo. El paranoico homenaja a sus delirios pensando que son la realidad extrema. No obstante, para considerar la hipótesis de que el mundo sea un sueño hay que presuponerse mentalmente sano y estar absolutamente expuesto al cartesianismo. Pero el subjetivismo posmoderno no es el de Descartes. Descartes no era un relativista sino un buscador de lo absoluto. El posmoderno, por contra, absolutiza lo relativo. Es la subjetividad la que determinará las dimensiones de lo real. Nadie podrá cuestionar este dogma so pena de ser considerado un discriminador. De las mujeres o los «trans», por ejemplo.

Ciertamente es necesario realizar una delimitación más específica de lo «posmoderno» más allá de esa acepción peyorativa que nosotros vamos a utilizar en este escrito. No sería muy útil hacer una exposición de autores que se denominan «posmodernos» o que han asumido como válido el concepto, como Gianni Vattimo². Muchos filósofos son posmodernos sin saberlo (igual que Santo Tomás de Aquino no sabía que era un filósofo «medieval»). Nosotros podemos establecer una serie de coordenadas en las que situaremos el concepto aunque sea de una forma muy resumida. Veamos.

1. De la Rubia Guijarro, J. A., (2021), *Photocall, Imagen, Presencia y Opinión*, Ed. Última Línea, Málaga.

2. Vattimo, Gianni (1985), *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*, Milán, Garzanti. Una breve pero clara exposición es Lyon, David (1999), *Posmodernidad*, Alianza Editorial, Madrid.

1) El posmodernismo identifica el nivel de reflexión ético/político y el ontológico/epistémico. Su idea básica es una crítica a la racionalidad, singularmente a la racionalidad ilustrada, pero no se cuestiona la razón por sus insuficiencias cognitivas sino por sus supuestas derivaciones políticas. Los autores que inician este discurso en el siglo XX son Theodor Adorno y Max Horkheimer, los fundadores de la *Escuela de Frankfurt*, en su libro *Dialéctica de la Ilustración*³. Los autores de esta escuela, aun con sus diferencias, consideran a la racionalidad ilustrada como una forma de instrumentalización y dominio sobre el ser humano, cuestionan la idea de «progreso» que se materializó en la Ilustración y se acercan a las dos grandes filosofías de la sospecha que rechazan la idea del hombre como un animal ante todo racional y consciente: el marxismo y el psicoanálisis. La razón universal es un espejismo que oculta la tiranía del capitalismo, la ideología burguesa o el inconsciente reprimido. La liberación y emancipación de los seres humanos pasa por bajar del trono clásico los atributos de la razón, como la universalidad, el método, lo absoluto, la consciencia, la verdad, etc. A partir de aquí se ha deducido que universalidad es la tiranía, el instrumento insidioso del colonialismo etnocéntrico, la discriminación o la explotación. Para los herederos de la Escuela de Frankfurt lo políticamente correcto es la «diversidad» o el «multiculturalismo». Se identifica la democracia con el relativismo. La posmodernidad no se entiende sin esas coordenadas políticas ya que se ha convertido en uno de los pilares del pensamiento de izquierdas. No hay posmodernos de derechas, pero esa es otra historia⁴.

2) La metodología posmoderna consiste, por tanto, en levantar el falso velo de la racionalidad y encontrar la auténtica realidad que hay detrás (o debajo). El creador de esta metodología de la sospecha es Friedrich Nietzsche. Para Nietzsche, y para su maestro Schopenhauer, la auténtica naturaleza es la «voluntad de poder», que se hace visible gracias a un análisis genealógico. La razón está distorsionada por la voluntad de poder. «Razón», «verdad», «yo»... son meras palabras sin significado. No hay hechos, sólo interpretaciones⁵.

3) Jean François Lyotard (que popularizó el concepto de «posmodernidad» en su exitoso libro *La condición posmoderna*⁶) identificó como principal característica de esta tendencia la «deslegitimación de los metarrelatos» (como la ciencia), es decir, la

3. Horkheimer, Max, y Adorno, Theodor (1998), *Dialéctica de la Ilustración*, Ed, Trotta, Madrid.

4. Para una crítica del posmodernismo ver André Glucksman, *La estupidez: Ideologías del posmodernismo* (1985), Ed. Planeta de Agostini, Barcelona.

5. Nietzsche, Friedrich (2026), *Fragmentos Póstumos*, vol. IV: 1885-1889, Ed, Tecnos, Madrid, Ed. Diego Sánchez Meca.

6. Lyotard, J. F. (1979), *La condición posmoderna*, Ed. Planeta de Agostini, Barcelona.

destrucción de la única barrera que nos puede proteger del relativismo. La corriente filosófica que ha elevado el relativismo y la metodología de la sospecha a sus cotas más altas se denomina *Postestructuralismo* o simplemente *French Theory*. Autores como Michel Foucault, Jaques Derrida o Jaques Lacan no hacen en esencia otra cosa más que desarrollar la metodología y las tesis de Nietzsche. Basta con sustituir «genealogía» por «arqueología» y analizar todos los discursos como manifestaciones de un poder que actúa inconscientemente, cambiar la sospecha por la «deconstrucción» y considerar que no hay más realidad que una serie infinita de textos de los que no se puede escapar buscando nada objetivo, nada absoluto.

A este postestructuralismo se le puede considerar el responsable de que todas estas abstrusas tesis filosóficas ingresen directamente en la política práctica, primero en Estados Unidos y de ahí al resto del mundo. Como ha estudiado exhaustivamente François Cusset, *French Theory* fue el nombre que recibió la filosofía de estos y otros autores franceses cuando visitaron Estados Unidos e influyeron decisivamente en la ideología de los izquierdistas departamentos de humanidades de las universidades norteamericanas⁷. En esos departamentos universitarios se ha utilizado a Foucault, Derrida o Lacan para elaborar, por ejemplo, la teoría «queer», el «postfeminismo» o «feminismo de género», la «corrección política» y el «lenguaje inclusivo» o, más recientemente, el pensamiento «woke», las «políticas identitarias» o la «cultura de la cancelación»⁸. Hoy en día, estos temas están en la agenda sociopolítica y en las «guerras culturales», provocando una gran sinergia gracias a las «redes sociales». No se entiende la moderna iconoclasia sin considerar todos estos factores.

4) Para toda la tradición clásica la esencia del ser humano estaba definida por la razón. La crítica posmoderna a esta idea ha tenido como efecto la sobrevaloración de las emociones. El ser humano es ya ante todo una entidad emocional y esas emociones subjetivas ejercerán una función absolutizadora. Soy lo que siento. A la vez, mis emociones condicionarán mi marco hermenéutico y mi acción política. La imagen es incorrecta porque me ofende y me hace sentir mal, por eso ha de ser cancelada y yo refugiarme en un «espacio seguro» frente a ella. Ni siquiera tengo que elaborar un argumento en su contra. La iconoclasia está producida y dirigida, ante todo, por una emocionalidad a la que se considera fuente de legitimación. El declive

⁷ Cusset, François (2003), *French Theory, Foucault, Derrida, Deleuze & Cía. y las mutaciones de la vida intelectual en Estados Unidos*, Ed. Melusina, Barcelona

⁸ Spargo, Tamsin (1999), *Foucault y la teoría queer*, Ed. Gedisa, Barcelona, así mismo Wright, E. (2000), *Lacan y el postfeminismo*, Ed. Gedisa, Barcelona. Sobre la influencia del postestructuralismo en el feminismo de género es muy interesante Hoff Sommers, Christina (1994), *Who stole Feminism?*, Touchstone, New York.

de la razón y la expansión de la subjetividad están creando sociedades narcisistas (Christopher Lasch, *Culture of narcissism*⁹), psicologizadas y terapeutizadas (Martin Gross, *The Psychological Society*¹⁰, Philip Rieff, *The Triumph of the Therapeutic*¹¹) en las que ser feliz se ha convertido en una obligación y una obsesión (Pascal Bruckner, *La euforia perpetua*¹², Edgar Cabanas y Eva Illouz, *Happycracia, Cómo la ciencia y la industria de la felicidad controlan nuestras vidas*¹³). Estos son sólo algunos ejemplos de una bibliografía analítica en la que también destaca el ensayo de Jonathan Haidt y Greg Lukianoff *La transformación de la mente moderna, Cómo las buenas intenciones y las malas ideas están condenando a una generación al fracaso*¹⁴.

Haidt y Lukianoff ejemplifican al sujeto posmoderno con el modelo antropológico de los *snowflakes* o «copitos de nieve», es decir, los alumnos/activistas de izquierdas que controlan la política de los campus universitarios y que ejercen su activismo de forma virulenta, fundamentalmente a través de las redes sociales. Estudiar a estos *snowflakes* o *Social Justice Warriors* es muy relevante para nuestros propósitos ya que son ellos los iconoclastas que destruyen las estatuas e imágenes, persiguen el lenguaje o cualquier manifestación cultural «incorrecta», «cancelan» a los que consideran sus enemigos, en las redes sociales o fuera de ellas, son activistas identitarios o «multiculturalistas» o «interseccionales», etc. Se podría decir que los copitos de nieve (y, en general, el movimiento *woke*¹⁵) son actualmente la vanguardia de una izquierda que ya no contempla la lucha de clases ni ningún tipo de revolución salvo las guerras culturales, es decir, disputas por el control de la esfera pública, la estrategia de Antonio Gramsci¹⁶. Puños de hierro, mandíbulas de cristal, los *snowflakes* combinan un sentimentalismo victimista que busca los «espacios seguros» donde no

9. Lasch, Christopher (1979), *Culture of Narcissism*, Norton, New York.

10. Gross, Martin (1978), *The Psychological Society*, Random House, New York.

11. Rieff, Philip (2006), *The Triumph of the Therapeutic*, Harper and Row, New York.

12. Bruckner, Pascal (2000) *La euforia perpetua, Sobre el deber de ser feliz*, Ed. Tusquets, Barcelona.

13. Cabanas, Edgar, e Illouz, Eva (2019), *Happycracia, Cómo la ciencia y la industria de la felicidad controlan nuestras vidas*, Ed. Planeta, Barcelona.

14. Haidt, Jonathan y Greg Lukianoff (2018), *La transformación de la mente moderna, Cómo las buenas intenciones y las malas ideas están condenando a una generación al fracaso*, Ed. Deusto, Barcelona.

15. Titania McGrath (2019), *Woke*, Alianza Editorial, Madrid.

16. Gramsci, Antonio (2018), *Antología*, Ed. Akal, Madrid.

llega la libertad de expresión a la vez que desarrollan un activismo violento en el que están destacando de materia notoria los activistas «queer». La teoría «queer» se ha convertido en muy poco tiempo en una ideología de estado y, sin embargo, los activistas «trans» siguen funcionando en modo reivindicativo como si no formaran ya parte del sistema. Mundo al revés, los «cancelados» por el activismo son precisamente los disidentes y críticos. La política, las grandes empresas que controlan internet y los medios de comunicación, la publicidad y la mayoría de la opinión pública han sido colonizados por el miedo a no ser considerados suficientemente emancipadores o estar infectados por el «lenguaje del odio». Haidt y Lukianoff piensan que estamos formando unas generaciones sin preparación para afrontar los problemas de la vida y que padecerán en su periplo adulto los males de la ansiedad y la depresión¹⁷.

La iconoclasia es *woke*. Las «guerras culturales» son disputas no exactamente por la exhibición de imágenes sino por la presencia en el espacio público. La imagen no es necesaria pero el entendimiento sí. En el libro *Photocall* se comenta cómo Quentin Tarantino, en *Reservoir Dogs*, demostró que para horrorizarse con una escena no hace falta verla sino que basta con conocerla. Nunca *vimos* al Señor Rubio cortarle la oreja al poli, pero *sabemos* que eso sucedió. Es el entendimiento lo que nos martiriza. La imagen es condición suficiente para captar la aparición, pero hay apariciones sin visión. El Dios del Sinaí se aparece, ilumina con su zarza ardiente, pero no quiere que se le vea ni que su imagen sea representada. Prohíbe las fotos, pero no el *flash*. El horroroso verbo «visibilizar» está más cercano al acto de presencia que a la visión en sí misma. Decir que el mundo posmoderno está basado en la cultura visual es decir media verdad, cometer un error. Lo que todos deseamos no es ser vistos sino que se sepa de nuestra existencia. El reconocimiento es una constante de la naturaleza humana y un requisito de la vida en sociedad como han explicado G. W. F. Hegel¹⁸, Axel Hönneth¹⁹ o Ervin Goffman²⁰. Por otro lado, nuestra época no es más visual que cualquier otra del pasado. Nunca habría habido ninguna polémica sobre la iconoclasia si no se hubiera reconocido la importancia de la cultura visual, pero eso sucede en un marco de referencia en el que las imágenes son vinculadas a la existencia. La diferencia entre esculpir la estatua y destruir la estatua es simplemente metodológica. Crear la imagen o destruir la imagen son equivalentes a la hora de sentir el acto de presencia.

17. op. cit., pp. 199 y ss.

18. Hegel, G. W. F. (1807), *Fenomenología del Espíritu*, Ed. Abada, Madrid.

19. Hönneth, Axel (1997), *La lucha por el reconocimiento*, Ed. Crítica, Barcelona.

20. Goffman, Erving, (2009), *La presentación del yo en la vida cotidiana*, Ed. Amorrortu, Buenos Aires.

La tecnología del mundo moderno no ha cambiado la naturaleza humana sino que, por así decir, la ha acelerado o hiperrevolucionado. Las redes sociales de Internet no han inventado la vanidad, pero sí han aumentado los canales a través de los cuales se manifiesta dicha vanidad. Desde que somos niños y suplicamos con el «¡Mírame, mamá!» nuestra gran lucha por el reconocimiento social consiste en convertirnos en apariciones ante los demás. Puedo poner en *Facebook* una fotografía de la paella que me voy a comer, pero es mi ego el que se está mostrando como un ectoplasma. Y será mi ego, especialmente en su versión dolorida, el que participará en el conflicto de la nueva iconoclasia. En un mundo donde la posibilidad de fabricar y difundir imágenes roza el infinito, aquellas que hay que perseguir son las que deterioran el delicado cutis posmoderno, el lugar donde se genera la ofensa. Es mi subjetividad la ofendida. Pero ¿qué es lo que nos ofende? ¿Cómo y por qué se alimenta el fuego de la iconoclasia contemporánea? Está claro que «visibilizamos» para hacer justicia, pero ¿qué es lo que nos lleva a pretender «invisibilizar»?

La iconoclasia posmoderna habita en el ecosistema de las redes sociales y su constitución es esencialmente moral, al menos de una forma *standard* aparente (*infra*). En cuanto mecanismo de expresión no hay diferencia entre la «cancelación» y la antigua blasfemia, simplemente hay una variación en el contenido. Tampoco hay diferencia en cuanto al *photocall*, es decir, el acto de presencia. La cultura mediática vive instalada en el escándalo, pero dicho escándalo no es más que el foco bajo el que quieren ser iluminados y reconocidos tanto los escandalosos como los escandalizados como, en general, todas las fuerzas que interaccionan en la esfera pública. De ahí viene la aparente paradoja de que una vez aplicada la secuencia escándalo-censura-cancelación el acto de presencia de todos los actores sociales se haga más grande y se consolide más. Pero eso es algo que ya se sabe. El juego social, sin embargo, añade un vector de asombro absolutamente fingido. Pero eso es algo que también se sabe. El asombro es desencadenado por el juicio moral. Normalmente, a la manera positivista, se hace una interpretación en términos conductuales de forma gratuita. No importa. «Que hablen de uno aunque sea bien» es una verdad gigantesca. Como la copa de un pino o una catedral.

Por ejemplo. Armani lanza una línea de ropa para niños que se llama *Armani Junior*. Las niñas que aparecen en las fotografías van vestidas y maquilladas como putas. Bueno, no exactamente. O sí. Asombro. Todo es interpretación ¿no nos habían enseñado los posmodernos que todo es un texto? Mientras discutimos sobre hermenéutica, el vórtice de *photocall* empieza a girar y acelerar. Las feministas atacan la sexualización de las niñas o, más bien, mujeres pequeñitas. Las feministas reciben la luz del foco. Psicología positivista gratuita: los anuncios provocan violaciones. Por su parte, los conservadores denuncian no la sexualización, pero sí el sexo. Psicología positivista

gratuita: los anuncios provocan conductas pederastas y el turismo sexual (una de las niñas es asiática). Los conservadores reciben la luz del foco. El columnista escribe su artículo, el tertuliano lanza su *speech*, el viandante opina en la noticia del telediario, el experto nos habla de los estudios estadísticos, los manifestantes exhiben sus pancartas... Hay foco para todos. Por lo que respecta a las imágenes, ya no hay diferencia entre aquellos dos pilares de la filosofía del lenguaje: el «uso» y la «mención». Armani usa las fotografías, todos los escandalizados las mencionan. Da igual, las imágenes son omnipresentes y eternas hasta que se retiran, cumplida su misión. Los ejércitos victoriosos también abandonan el campo de batalla.

La «visibilización» es, por tanto, un acto de *parusía*, una forma de advenimiento de todo aquello que se sitúe en el radio de acción del foco. La ambivalencia sociológica, que diría Robert Merton²¹, es la que hace que las motivaciones reales no se vean, pero que sean evidentes. La metodología de la sospecha, en el posmodernismo, ha alcanzado la condición de verdadero arte y todos somos expertos en navegaciones por el inconsciente. El feminismo, pongamos por caso, puede localizar las intenciones perversas de un patriarcado que nunca descansa en el uso del lenguaje políticamente incorrecto. Pero también se puede sostener que la función del lenguaje «no sexista» no es «visibilizar» a las mujeres sino «visibilizar» precisamente al feminismo. O que utilizamos el lenguaje «inclusivo» para *exclure* a los que no usan ese lenguaje. Sospechemos, pues. No obstante, la deconstrucción de los arcanos del poder no deja de ser también una banalidad. Para qué vamos a luchar contra el poder si va a resultar que todo es poder, incluso operando microfísicamente.

Nuestra civilización siempre ha sido visual y espectacular. Quienes construían pirámides, catedrales o círculos megalíticos estaban totalmente imbuidos de sentido del espectáculo. Es un error pensar que lo visual es primitivo. Como ha señalado José Luis Pardo, las culturas primitivas son *orales*, no visuales²². La transición de lo oral a lo visual se da en Grecia, cuando «la musa aprende a escribir»²³. Con la escritura

21. Robert K. Merton: «*En su sentido más amplio* la ambivalencia sociológica contempla las expectativas incompatibles que con carácter normativo se asignan a las actitudes, creencias y comportamientos ligados a un estatus (es decir, una posición social) o a un grupo de estatus en una sociedad. *En su sentido más restringido*, la ambivalencia sociológica hace referencia a las expectativas incompatibles que con valor de normas están incorporadas a un *determinado* cometido o a un *determinado* estatus social (por ejemplo, el cometido del médico como terapeuta en cuanto distinto de otros cometidos que desempeñe y de su estatus como investigador, administrador, colega, miembro de una asociación profesional, etc.). Tanto en el sentido más amplio como en el más restringido, la ambivalencia queda localizada en la definición social de cometidos y estatus, no en la manera de sentir de un tipo u otro de personalidad» (v. Robert K. Merton, *Ambivalencia sociológica y otros ensayos*, (1980), Ed. Espasa Calpe, Madrid, trad. de José Luis López Muñoz, pág. 19).

22. Pardo, J. L., (2004), *La banalidad*, Ed. Anagrama, Barcelona, pág. 23.

23. Havelock, E. A., (2008), *La musa aprende a escribir*, Ed. Paidós, Barcelona, trad. Antonio Alegre Gorri.

se implanta la metodología visual y empezamos a *mirar* a las propias palabras. El protagonista de la transición del diálogo al texto es Platón, que *escribe* diálogos y vive instalado en un reino de metáforas visuales probablemente desde que participó en los rituales de Eleusis²⁴. La visión está en el origen de la racionalidad y, si hemos de seguir a Francis Crick, también fue determinante en la aparición de la conciencia neurobiológica²⁵. Si los hombres fuéramos ciegos como topos nunca habríamos diferenciado entre *apariencia* y *realidad*. Ni se nos hubiera ocurrido decir que la *verdad* consiste en desvelar lo oculto ni que tener una idea era reconocer visualmente una *forma* (*eidein*). Las teorías no habrían sido *contemplaciones*, no habríamos valorado la *claridad* y la *distinción*. No habríamos sido *ilustrados*... Sin embargo, nuestra alma progresista sigue empeñada en una apología constante de la lectura y el pensamiento como opuesto a la visualidad. El mayor *best-seller* ensayístico de nuestros tiempos es una exaltación del libro y la lectura de una gazmoñería insuperable. Se sigue sosteniendo la tesis falsa de que la lectura estimula la reflexión, cuando muchas veces leemos precisamente para no tener que pensar o para que el libro piense por nosotros – por usar la expresión kantiana. Pero, como dice Gustavo Bueno, la oposición entre *pensar* y *ver* es gratuita. La imagen también es *logos*, *logos optikós*²⁶.

Las imágenes son *normativas*, es decir, pueden ser verdaderas o falsas. La

24. Arana, J. R. (2009), «La visualización del pensamiento platónico: Eleusis, Eros y Arquitectura», en J. Aguirre, I. Ceberio y O. González Gilmas (Eds.), *Racionalidad, visión, imagen*, pp. 39-60, Ed. Plaza y Valdés, Madrid 2009.

25. Crick, F., (1994), *La búsqueda científica del alma*, Ed. Debate, Barcelona, trad. Francisco Páez de la Cadena.

26. «[...]El libro, que Sartori contrapone a la pantalla, es un genérico tan oblicuo, respecto de sus contenidos, como lo es la pantalla de las «tecnopantallas». «El libro» es otro genérico oblicuo que engloba a objetos muy heterogéneos (por su contenido) y que sólo tienen en común la encuadernación. Esto no autoriza a decir que el libro sea el instrumento de elección del *Logos* (esto lo podría decir Lutero cuando afirmaba que el libro por antonomasia, la Biblia, era el instrumento a través del cual el *Verbo divino*, el *Logos*, hablaba a la conciencia de los hombres), metiendo en el mismo saco a un libro de geometría, a otro de poemas, a un tercero de «escritura automática». En definitiva: la contraposición entre *ver* y *pensar* es gratuita. Galeno ya sabía, con los estoicos, que «no es el ojo el que ve, sino el *Logos* a través del ojo». Lo que vemos es lo que hemos de algún modo definido previamente mediante un *logos operatorio*. En la televisión esto es mucho más evidente, porque la televisión implica, además, el audio, la música y el lenguaje de palabras. Sin el sonido, lo que las pantallas nos ofrecen sería muchas veces ininteligible; y tampoco podemos dejar de lado la importancia de los textos televisados, no solamente en las «tecnopantallas» del ordenador o de internet sino en la propia «telepantalla». El olvido de estos hechos evidentes parece increíble en un escritor que utiliza los recursos ordinarios de un profesor de filosofía. Por supuesto, cuando la pantalla de televisión se utiliza para visionar vídeos o películas su función se confunde con la pantalla cinematográfica doméstica» (en Gustavo Bueno, (2000), *Televisión: Apariencia y verdad*, Ed. Gedisa, Barcelona, pp. 68-69).

normatividad es el presupuesto transcendental de la racionalidad. Es incorrecto sostener, a la manera de Neil Postman, que el ámbito exclusivo de la verdad es el lenguaje²⁷. Las imágenes siempre son seleccionadas a no ser que se trate de lo que Joan Fontcuberta denomina «postfotografía» (imágenes de cámaras de seguridad de un banco o una autopista, por ejemplo²⁸). Pero en el caso de la «visibilización» posmoderna la normatividad sólo se aplica a un proceso de autoselección, es decir, nos definimos a partir de nuestra proyección sobre las imágenes. Para explicar esto demos un rodeo por el lenguaje. La corrección política «visibiliza» algunas palabras y proscribire otras. Los términos no adquieren su significado por la pragmática intencional habitual sino por su investidura inconsciente. La incorrección política no reside en la conciencia ni en la racionalidad: podemos ser acusados de machismo o racismo sin serlo en absoluto, pero utilizando un lenguaje que la hermenéutica constructivista ha dictaminado como machista o racista. No hay, pues, escapatoria, la acusación es una *maldición*, literalmente. Afortunadamente, existe el pecado, pero también la salvación. Pero no nos salvamos cambiando la pragmática; el lenguaje políticamente correcto es impracticable y, de hecho, nadie lo practica. Lo que se hace es fijar algunas coordenadas estratégicas, por ejemplo, utilizando las palabras correctas al principio de un texto o discurso, o cada cierto tiempo. Una vez que ha quedado claro que pertenecemos al batallón de los justos ya podemos hablar con la vieja semántica. Yo he oído un «hola a todos y todas, estamos aquí reunidos...». No hace falta decir «y reunidas». De acuerdo, aquel individuo se comió una palabra, pero es de los nuestros.

Aplicado a las imágenes, el esquema es el mismo. Me autoidentifico como miembro de un grupo estableciendo qué es lo que quiero y no quiero ver. Obviamente, nadie desea verlo *todo*. Ya hemos dicho que ni siquiera salimos incólumes de la prohibición de lo ofensivo puesto que el daño opera a través del acto de presencia y su acción sobre el entendimiento. Y la presencia no se puede evitar si compartir el foco con ella significa iluminarse a sí mismo. ¿Quién me va a contemplar a mí si no contempla a la vez aquello que odio? Todo lo más que se puede hacer es mantener que las imágenes se mencionan, pero no se usan. Como aquellas feministas norteamericanas que montaron una exposición de fotografías pornográficas con el fin de denunciar la pornografía. Exposición, por cierto, que fue clausurada por pornográfica porque los polis tampoco sabían distinguir entre uso y mención. La iconoclasia actual es, por tanto, bastante paradójica porque exige *mencionar* las imágenes o, en su defecto, rodearlas para acceder a la presencia, al *photocall*. «Ojos que no ven, corazón que no

27. Postman, N., (2012), *Divertirse hasta morir, El discurso público en la era del «show business»*, Ed. La Tempestad, Barcelona, trad. Enrique Odell, pág. 74.

28. Fontcuberta, J., (2017), *La furia de las imágenes, Notas sobre la postfotografía*, Ed. Galaxia Gutenberg, Barcelona.

siente» es una de las máximas más erróneas de la sabiduría popular. Quien siente no es el cerebro visual sino el cerebro pensante.

En la sociedad de la información es imposible, de facto, prohibir ni eliminar ninguna imagen. Nunca olviden que Internet nunca olvida. *Google* te recuerda cariñosamente aquellas horribles fotografías que hiciste con el teléfono móvil hoy hace tres años. O aquel vídeo de juventud en el que despotricaste contra los judíos en plena borrachera y que te ha hecho perder el trabajo *ahora*. Una de las premisas formalmente imposible de explicitar por parte de los prohibicionistas es que la acción iconoclasta multiplica el flujo de percepción de la imagen. Esto es así. Simplemente. Por eso, el prohibicionista debe aparecer junto a la imagen, maldiciéndola. Así se profundiza en la paradoja, pero a la vez el iconoclasta se beneficia de toda la luz que emite la imagen condenada. ¿Y a quién le importan las contradicciones? ¡Somos posmodernos! Ojo, no estoy diciendo que la censura sea censurable o que esté henchida de negatividad. No todo tiene que ser visto. Y sí, ahí están los niños aunque también sabemos de sobra que los niños son un instrumento en manos del moralista para tratar a toda la sociedad de forma «infantilizante». Como es sabido, el propio Kant no puso ninguna objeción a la libertad de expresión cuando se hacía un «uso público de la razón» frente al «público de los doctos». Menores de edad, no.

Es una obviedad que los niños no están capacitados para verlo todo, especialmente cuando se trata de imágenes que *tampoco* los adultos están capacitados para ver. Ahora bien, la educación formal no tiene poder como para cerrar los cauces de incorporación a lo prohibido por parte de la infancia y la adolescencia, desde el conocimiento de las «palabrotas» hasta el consumo de porno, pasando por la masturbación. La escuela no puede enseñar eso porque esos fenómenos son subversivos en su propia esencia constitutiva, es decir, están al margen de los valores de la escuela (aunque algún pedagogo con sobredosis de progresismo podría discutir lo de la masturbación). Un niño no tiene que ver a narcotraficantes mexicanos descuartizando a gente, ni a mujeres embarazadas follándose a caballos, algo que, créanme, se puede ver en Internet. Tampoco tenemos por qué contemplar hasta el mínimo trozo de carne reventado por la bomba terrorista. Y bien, ha habido un atentado y ha muerto gente, ya lo hemos pillado. A la cancelación de estos fenómenos no la vamos a llamar «iconoclasia», porque dañan una sensibilidad moral que es legítima. Eso no tiene nada que ver con el *mainstream* posmoderno, aunque algún despistado pueda pensarlo.

Para entender al iconoclasta contemporáneo y su escaso nivel de resistencia ante lo «ofensivo» podríamos empezar fijándonos en que hoy en día el lugar donde de forma declarada y manifiesta se ejerce la censura son las redes sociales. Y esa censura es ejercida, fundamentalmente, por algoritmos informáticos. Por tanto, los iconoclastas

son quienes programan esos algoritmos. Personas. Como dijimos antes, su *standard* moral es aparente, no se trata de reaccionar ante la inmoralidad sino de constituir el proceso simbólico de construcción del grupo mediante un sistema de creencias y valores. Es simbólico y ritual; el viejo proceso de maldecir, blasfemar y condenar. Pero en estos casos la moral es un simple pretexto, no queremos cancelar lo que es de por sí malvado (incluso aunque reconociéramos, cosa difícil para un posmoderno, que la cancelación de una imagen o un *tweet* no modifica ni un milímetro la dinámica de lo real) sino la ofensa que traspasa el umbral de la estabilidad nerviosa. Como ya dijimos, el ego posmoderno está definido emocionalmente y a establecer este principio se han aplicado con total dedicación tanto las ideologías como las psicologías. Cuando bramamos por la cancelación de alguna imagen no necesitamos justificar nada salvo el hecho de que la subjetividad se ha sentido ofendida. Pero esa subjetividad ofendida no se manifiesta más que como una exhibición de poder y una forma de chantaje... emocional. Mientras sigamos utilizando esos argumentos estaremos perdidos.

Los valores dominantes en las redes sociales proceden directamente de la fuente simbólica del izquierdismo identitario actual. Si queremos saber cuáles son esos valores no tenemos más que ver a quién «cancelan» *Facebook*, *Twitter* o *YouTube*. Esos valores no son diferentes de los institucionalizados en la política, los sectores dominantes de la opinión pública, organizaciones como *Cruz Roja*, *Greenpeace*, *Amnistía Internacional*, *Save the Children*, etc. O la educación. O la publicidad. O la prensa. O «el mundo de la cultura». El muro que rodea a esa arquitectura moral está construido con pieles ultrasensibles, doloridas pero poderosas. Lo único que podría diferenciar a esos posmodernos de los católicos que luchan contra la blasfemia o pretenden prohibir imágenes o actos que alteran su emocionalidad es que los católicos ya no disponen de mucho poder mientras que los posmodernos, hoy por hoy, van ganando por goleada las «guerras culturales». Y, como se ha señalado tantas veces, la religión musulmana nunca va a ser objeto de la blasfemia, porque es defendida por uno de los pilares ideológicos progresistas cual es el multiculturalismo. Y el miedo a la violencia.

Todo es un juego, naturalmente. O una especie de placebo coreográfico. O un caramelito ideológico que hay que chupar y chupar. No alimenta, pero entretiene. Los sociólogos Paul Lazarsfeld y Robert Merton señalaron ya en 1948 que la participación en las cruzadas sociales tiene una función anestésica. Es como si nuestra concienciación ante el problema tal o cual impidiera la acción porque nos sacia y estabiliza la mera

autocomplacencia²⁹. Como vimos antes, la vanguardia iconoclasta contemporánea la constituyen los *Social Justice Warriors*, los copitos de nieve, nacidos en los campus universitarios norteamericanos y contagiados al resto del mundo como una especie de baile de San Vito social. La iconoclasia de estos individuos es un producto destilado de la metodología de la sospecha. En realidad, no se trata más que de un ritual para nutrir simbólicamente los sentidos de identidad y pertenencia a un grupo. Lo único que quieren «visibilizar» es su acción «invisibilizante». «¡Mamá, mírame, estoy destruyendo estatuas!». No hace falta mucha filosofía para comprender todo lo que está pasando. Tan solo un poco de psicopatología infantil.

29. Paul F. Lazarsfeld y Robert K. Merton, sostienen que el narcótico de las masas es precisamente la información. La conciencia y no la ignorancia. Así dicen: «La exposición a este flujo de información puede servir para narcotizar más bien que para dinamizar al lector o al oyente medio. A medida que aumenta el tiempo dedicado a la lectura y a la escucha, decrece el disponible para la acción organizada. El individuo lee relatos sobre cuestiones y problemas y puede comentar incluso líneas alternativas de acción, pero esta conexión, hartamente intelectualizada y hartamente remota, con la acción social organizada no es activada. El ciudadano interesado e informado puede felicitar a sí mismo por su alto nivel de interés e información, y dejar de ver que se ha abstenido en lo referente a decisión y acción. En resumidas cuentas, toma su contacto secundario con el mundo de la realidad política, su lectura, escucha y pensamiento, como una prestación ajena. Llega a confundir el *saber* acerca de los problemas del día con el *hacer* algo al respecto. Su conciencia social se mantiene impoluta. Se preocupa. Está informado, y tiene toda clase de ideas acerca de lo que debiera hacerse, pero después de haber cenado, después de haber escuchado sus programas favoritos de la radio y tras haber leído el segundo periódico del día, es hora ya de acostarse» (P. F. Lazarsfeld y R. K. Merton, «Comunicación de masas, gustos populares y acción social organizada», en M. de Moragas Spà (Ed.), *Sociología de la comunicación de masas*, vol. II, pp. 22-50, Ed. Gustavo Gili, Barcelona 1985, cita en pp. 35-36).

BILBIOGRAFÍA

Arana, J. R. (2009), «La visualización del pensamiento platónico: Eleusis, Eros y Arquitectura», en J. Aguirre, I. Ceberio y O. González Gilmas (Eds.), *Racionalidad, visión, imagen*, pp. 39-60, Ed. Plaza y Valdés, Madrid 2009.

Bruckner, Pascal (2000) *La euforia perpetua, Sobre el deber de ser feliz*, Ed. Tusquets, Barcelona.

Cabanas, Edgar, e Illouz, Eva (2019), *Happycracia, Cómo la ciencia y la industria de la felicidad controlan nuestras vidas*, Ed. Planeta, Barcelona.

Crick, F., (1994), *La búsqueda científica del alma*, Ed. Debate, Barcelona, trad. Francisco Páez de la Cadena.

Cusset, François (2003), *French Theory, Foucault, Derrida, Deleuze & Cía. y las mutaciones de la vida intelectual en Estados Unidos*, Ed. Melusina, Barcelona.

De la Rubia Guijarro, J. A., (2021), *Photocall, Imagen, Presencia y Opinión*, Ed. Última Línea, Málaga.

Fontcuberta, J., (2017), *La furia de las imágenes, Notas sobre la postfotografía*, Ed. Galaxia Gutenberg, Barcelona.

Glucksman, André, *La estupidez: Ideologías del posmodernismo* (1985), Ed. Planeta de Agostini, Barcelona.

Goffman, Erving, (2009), *La presentación del yo en la vida cotidiana*, Ed. Amorrortu, Buenos Aires.

Gramsci, Antonio (2018), *Antología*, Ed. Akal, Madrid.

Gross, Martin (1978), *The Psychological Society*, Random House, New York.

Haidt, Jonathan y Greg Lukianoff (2018), *La transformación de la mente moderna, Cómo las buenas intenciones y las malas ideas están condenando a una generación al fracaso*, Ed. Deusto, Barcelona.

Hegel, G. W. F. (1807), *Fenomenología del Espíritu*, Ed. Abada, Madrid.

Havelock, E. A., (2008), *La musa aprende a escribir*, Ed. Paidós, Barcelona, trad. Antonio Alegre Gorri.

Hoff Sommers, Christina (1994), *Who stole Feminism?*, Touchstone, New York.

Hönneth, Axel (1997), *La lucha por el reconocimiento*, Ed. Crítica, Barcelona.

Horkheimer, Max, y Adorno, Theodor (1998), *Dialéctica de la Ilustración*, Ed, Trotta, Madrid.

Lasch, Christopher (1979), *Culture of Narcissism*, Norton, New York.

Lazarsfeld, P. F. y Merton, R. K. (1985), «Comunicación de masas, gustos populares y acción social organizada», en M. de Moragas Spà (Ed.), *Sociología de la comunicación de masas*, vol. II, pp. 22-50, Ed. Gustavo Gili, Barcelona.

Lyon, David (1999), *Posmodernidad*, Alianza Editorial, Madrid.

Lyotard, J. F. (1979), *La condición posmoderna*, Ed. Planeta de Agostini, Barcelona.

McGrath, Titania, (2019), *Woke*, Alianza Editorial, Madrid.

Merton, Robert K. (1980), *Ambivalencia sociológica y otros ensayos*, Ed. Espasa Calpe, Madrid, trad. de José Luis López Muñoz.

Nietzsche, Friedrich (2026), *Fragmentos Póstumos*, vol. IV: 1885-1889, Ed, Tecnos, Madrid, Ed. Diego Sánchez Meca.

Pardo, J. L., (2004), *La banalidad*, Ed. Anagrama, Barcelona.

Postman, N., (2012), *Divertirse hasta morir, El discurso público en la era del «show business»*, Ed. La Tempestad, Barcelona, trad. Enrique Odell.

Rieff, Philip (2006), *The Triumph of the Therapeutic*, Harper and Row, New York.

Spargo, Tamsin (1999), *Foucault y la teoría queer*, Ed. Gedisa, Barcelona.

Vattimo, Gianni (1985), *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*, Milán, Garzanti.

Wright, E. (2000), *Lacan y el postfeminismo*, Ed. Gedisa, Barcelona.